

*Mensaje a los Seminaristas
en la Fiesta de Pentecostés
con motivo del día de los Seminarios en Venezuela*

LA VOCACIÓN A LA VIDA SACERDOTAL ES UN TESORO.

Este próximo 27 de Mayo celebramos la Solemnidad de Pentecostés: desde el año 1928, hace 95 años, por decisión del Episcopado Venezolano, en esa misma fecha se celebra EL DÍA DEL SEMINARIO EN VENEZUELA. Por tal motivo los Obispos miembros de la Comisión Episcopal de Clero, Seminarios, Vocaciones y Diaconado Permanente de Venezuela, queremos dirigir un mensaje en nombre del Episcopado Venezolano, a quienes forman parte de nuestros seminarios y a quienes con su oración y apoyo incondicional nos ayudan a llevar adelante el proceso de formación de los futuros sacerdotes. El Seminario constituye el corazón de la Diócesis. El Documento Optatum Totius del Concilio Vaticano II, indica: “El Obispo, por su parte, aliente con especial predilección a los que trabajan en el Seminario, y con los alumnos muéstrase verdadero padre en Cristo. Finalmente, que todos los sacerdotes consideren el Seminario como el corazón de las diócesis y le presten gustosa ayuda”(Nº5). Por tanto el Seminario es, en la Diócesis, la institución en la que el Obispo debe colocar mayor esfuerzo y atención, puesto que allí se forman sus pródigos colaboradores en el pastoreo y evangelización de las comunidades, también en la enseñanza y santificación del pueblo de Dios.

El seminario es el lugar y el espacio donde se forman los futuros sacerdotes. Allí, la semilla de la vocación a la vida sacerdotal comienza a germinar para luego dar frutos en la construcción del Reino de Dios. Es el espacio acto y necesario donde se respira un ambiente sano y lleno de grandes ideales, que ayudado, con el ejemplo y testimonio de los formadores a través de la oración, el acompañamiento, la motivación y comprensión, animan a los seminaristas, a seguir abriendo el corazón a Dios e ir permitiendo que Dios haga su obra. El Seminario también es un espacio que reúne las condiciones necesarias para que toda vocación a la vida sacerdotal se pueda desarrollar de la mejor manera posible. Por esto, es necesario que el joven seminarista sea capaz de vivir las dimensiones de la formación, como son: humana, espiritual, intelectual, comunitaria, pastoral y también la dimensión misionera.

JÓVENES SEMINARISTAS es ineludible que permitan a los protagonistas de toda formación sacerdotal ir haciendo su tarea y misión, para poder recorrer con valentía y coraje las dimensiones antes mencionadas. Esos protagonistas son: Dios, la Iglesia, los formadores y la familia. Ya el Evangelista San Juan nos recuerda: “No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido a ustedes (Jn.15,15). Por ende, deben tener la certeza que toda vocación es obra de Dios, Él los llama para que sean sus predilectos. Son seres humanos con limitaciones, pero que al mismo tiempo tengan conciencia de que Dios los ha llamado a una tarea inmensamente especial: consagrar la vida a través del Sacerdocio, siendo mediadores entre Dios y los hombres.

Ante los obstáculos que se presentan a lo largo de la vida vocacional, Dios los invita a tener la confianza puesta en Él. A saber escuchar la voz de Dios a través de la Santa Madre Iglesia, en sus pastores, formadores, el pueblo de Dios y también su familia. Los invita a ser fuertes: “porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2Tim.1,7). A reavivar la gracia que recibimos el día del bautismo, cuando nos convertimos en hijos de Dios, naciendo a la gracia y a la comunión con Él. Todo ello conduce a la virtud de la Santidad. San Juan Pablo II decía: “La vocación del cristiano es a la santidad, en todo momento de la vida. En la primavera de la juventud, en la plenitud del verano de la edad madura, y después también en el otoño y en el invierno de la vejez, y por último en la hora de la muerte”. Es decir, en todo momento de nuestra vida estamos llamados a vivir con amor, fidelidad, entrega y servicio, para poder experimentar la gran virtud de la santidad, que nos lleva a donarlo todo por el Reino de los cielos. De aquí que cada momento es propicio para responder al Señor que nos invita a ser sus discípulos. Por consiguiente, debemos cuidar la llamada a la vida sacerdotal: es un don maravilloso que se convierte en un gran tesoro, el cual llevamos en vasijas de barro (cf. 2Cor 4,7) y que sólo Dios nos puede regalar por amor. La respuesta también es por amor, al plan Divino que Dios tiene para cada uno.

El Papa Francisco en el mensaje para la sexagésima jornada mundial de oración por las vocaciones, afirma: “...el don de la vocación es como una semilla divina que brota en el terreno de nuestra vida, nos abre a Dios y nos abre a los demás para compartir con ellos el tesoro encontrado”. Continúa el Papa diciendo: “hemos sido creados por el amor, por amor y con amor, y estamos hechos para amar”. No cabe duda alguna que el autor de toda vocación es Dios. Así que nuestra mente, alma, cuerpo y corazón deben estar abiertos a la gracia y a la comunión con Dios y con nuestros hermanos, a través de una vida sacramental que nos ayude a caminar con valentía y coraje el camino emprendido, y ante los momentos difíciles de la vida nos podamos levantar y ponernos en camino para llegar a la meta y conquistar el gran ideal que el Señor nos ha propuesto: el Sacerdocio Ministerial.

El momento que vivimos, es una gran oportunidad para ir configurando nuestra vida a Cristo Buen Pastor; sin embargo, vivimos en una época donde el pecado, el libertinaje, el placer o hedonismo, el materialismo, el mundo virtual y el desenfreno de las redes sociales nos hacen ver un mundo de oscuridad y sin sabores. Ante esto Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, al contrario, un espíritu de valentía, donde a través de la oración, el encuentro personal con Jesús Eucarística y en el Santísimo Sacramento del Altar, como también en el Sacramento de la reconciliación, podamos levantarnos y colocarnos en camino, pues como lo decía Santa Teresa de Calcuta: “Dios no me llamó a ser feliz, me llamó a ser fiel, porque de acuerdo a mi fidelidad será mi felicidad”. Cada uno, de nosotros, tiene el poder, a través de los medios que la Iglesia nos proporciona, para desterrar todo aquello que nos aleja de Dios y nos hace perder el horizonte de nuestra vida. La auténtica vida se encuentra en Dios, pero debemos descubrirla en la persona de Jesucristo que por amor dio la vida por nosotros y se convierte en el amigo que nunca nos falla. En la exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis se lee: “La Iglesia como pueblo sacerdotal, profético y real, está comprometida en promover el nacimiento y la maduración de las vocaciones sacerdotales con la oración y la vida

sacramental, con el anuncio de la Palabra y la educación en la fe, con la guía y el testimonio de la caridad” (Nº 38). En consecuencia, es de gran importancia el contacto del seminarista con la parroquia y con la comunidad. Allí va conociendo más de cerca lo que significa el quehacer del sacerdote, además de darse a conocer y colocar todas sus cualidades, virtudes e iniciativas a favor del pueblo de Dios.

La llamada es expresión del amor y Dios nos ha dado Espíritu de amor. Ese amor que nos conduce a compartir con todos, viviendo la vocación en medio de un ambiente eclesial, donde compartimos con quienes peregrinan en nuestras parroquias a las cual pertenecemos. Dicho encuentro nos lleva a no rechazar a nadie, al contrario, tener la actitud de la apertura para con todos, pues ese pueblo, se convierte en los hermanos que Dios ha colocado en nuestro caminar para acompañarnos directa e indirectamente en esta aventura de la formación, para consagrar la vida a Él. Es un momento para crecer en la amistad con Dios y con todo el pueblo de Dios, integrado por la familia, el seminario, la Iglesia, y también aquellos que nos encontramos en los distintos ambientes de la vida. No rechazamos a nadie porque “Dios es amor” (1Jn. 4,8). Su amor no puede cambiar porque Él no cambia. Su amor es puro y santo, su amor es infinito y uno de los frutos del Espíritu Santo es el amor (cf. Gál. 5,22).

Otro aspecto que nos ha dado Dios en este camino vocacional, es el dominio propio. En la vida el dominio propio es de suma importancia, ya que el mismo nace del equilibrio y control de la persona que es capaz de medir las consecuencias de sus propios actos hasta el punto de saber tomar decisiones y enfrentar cualquier situación que se presente. Que el dominio personal, que es obra del Espíritu que Dios nos ha dado, nos lleve a ser transparente ante cualquier decisión, como nos lo recuerda el Evangelista Mateo: “Cuando ustedes digan sí, que sea realmente sí; y, cuando digan no, que sea no. Cualquier cosa de más, proviene del maligno” (5,37). Este dominio personal no se puede dar sin una seria relación con Dios y con todo lo que a Él se refiere. Dicha relación debe estar marcada por la humildad, la transparencia, la recta intención y la idoneidad, ya que no podemos llevar en nuestro ser un compromiso para el cual no nos hemos preparado. El Concilio Plenario de Venezuela, en el documento conciliar Nº 9 dice: “A lo largo de la formación el seminarista va adquiriendo los rasgos de Jesús Buen Pastor, en el trato asiduo con Jesús en la oración y la Eucaristía, en la escucha de la Palabra de Dios, la conversión, la práctica de los sacramentos, el trato con la Virgen María, la dirección espiritual y las diversas experiencias pastorales” (Nº 186).

QUERIDOS SEMINARISTAS. Es el momento propicio de saber con certeza que Dios los ha elegido para ser instrumento de Él a través del Sacerdocio Ministerial. No es casualidad. Dios quiere contar con la donación de su vida a este don precioso. Dios quiere jóvenes decididos capaces de sacrificio y perseverancia, “que escuchen la voz de aquellos que los invitan a seguir adelante” (Papa Francisco). Quiere jóvenes valientes que dejándolo todo, apuesten por la mayor riqueza, que es tener a Dios y darlo a conocer a los demás. Jóvenes seminaristas que sean capaces de amar y dejarse amar por Dios. Que luchen por lo que más quieren, pero sobre todo, por un corazón capaz de amar a lo demás e inclusive a los más alejados y marginados de la sociedad. El Documento *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II expresa: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque

creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador”(N°19). En este camino es muy necesaria la comunión con Dios, pues necesitamos la fuerza oportuna para seguir respondiendo a la llamada con plena libertad y deseo de servir a la Iglesia en la proclamación de la Buena Nueva del Señor como es el Evangelio. Por tanto, ante las dificultades que puedan presentarse, queremos dejar con ustedes este pensamiento de San Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis: “Los saludamos con todo el corazón, expresamos nuestra gratitud y los exhortamos a perseverar en este camino con ánimo alegre y decidido. No cedan al desaliento. Nuestra obra no es nuestra, sino de Dios. El que nos ha llamado y nos ha enviado sigue junto a nosotros todos los días de nuestra vida, ya que nosotros actuamos por mandato de Cristo (N°8).

SEMINARISTAS: su vocación es única e irreplicable. Es un tesoro, cuídenla.

OBISPOS DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE CLERO, SEMINARIO, VOCACIONES Y
DIACONADO PERMANENTE